
BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



INFORMES GENERALES

I

E. LÉVI-PROVENÇAL, "LES HISTORIENS DES CHORFA, ESSAI SUR LA LITTÉRATURE HISTORIQUE ET BIOGRAPHIQUE AU MAROC DU XVI^e AU XX^e SIECLE. LAROSE, PARIS, 1922

Entre la pléyade de orientalistas formados en la reputada escuela francesa de Argel que dirige el afamado maestro don Renato Basset, se destaca por sus talentos y su laboriosidad el señor Lévi-Provençal, Director de estudios de árabe clásico en el Instituto de Altos Estudios Marroquíes y Conservador del fondo oriental de la Biblioteca general del Protectorado francés en Marruecos.

Su actividad literaria es admirable. En estos dos últimos años ha publicado varias obras: un Ensayo de Repertorio cronológico de las ediciones de Fez (en colaboración con Ben Cheneb, en la *Revue Africaine*, 1922), un gran catálogo, *Les manuscrits arabes de Rabat* (Biblioteca general del Protectorado francés en Marruecos, primera serie; tomo VIII de las Publicaciones del Instituto de Altos Estudios Marroquíes, París, 1921), y el presente libro acerca de los historiadores de los Jarifes. Aunque todos sus trabajos sean meritorios e interesantes, por la erudición que en ellos campea y por lo cuidadoso de su labor, el último es el de mayor aliento, el de más substancia y el que más puede interesar a los españoles. Se trata de la literatura histórica y biográfica marroquí desde el siglo XVI a nuestros días.

El autor comienza en su primera parte por consideraciones generales.

La historia de Marruecos era conocida en Europa casi exclusivamente por las fuentes antiguas, como las de Abenjal-dún, el *Rudalcartás*, y por las noticias que los viajeros de todo tiempo habían podido recoger en ese país. El señor Houdas señaló, no hace mucho, mejor tendencia para iniciar ese estudio y el Nasarí ofreció una obra de conjunto de más amplitud que las anteriores; pero al posesionarse los franceses de su Protectorado, las circunstancias han venido a cambiar: pueden irse ya conociendo algunos libros, divanes, antologías, crónicas, que antes no se conocían, etc., es decir, fuentes indígenas, que han de servir mejor para la historia de Marruecos. Aunque los marroquíes actuales todavía se muestran reacios para comunicar sus libros a los franceses, el trato más frecuente, por necesidad, ha de ofrecer ocasiones para que se vayan conociendo esas fuentes. Y esto es lo que se ha propuesto el señor Lévi-Provençal: el estudio de las obras históricas marroquíes que se han escrito desde principios del siglo xvi hasta la fecha.

La tradición mantenida en los estudios históricos en Marruecos durante esos cuatro siglos no es más que un apagado eco de la literatura histórica andaluza, que ejerció gran influencia en la otra parte del estrecho, mientras estuvieron en la Península los musulmanes españoles. Marruecos anduvo entonces casi siempre de reata al compás de la marcha de la cultura musulmana española. Luego, después de la toma de Granada por los Reyes Católicos, el Imperio marroquí quedó petrificado en su aislamiento, estancado en sus estudios y creencias. Fez, el foco de su mayor cultura, se hallaba hasta hace muy poco como lo había visto en su tiempo León Africano; y a los sabios marroquíes de hoy se les ha encontrado entretenidos en las mismas labores que practicaban sus antepasados hace cuatro siglos: los mismos estudios, los mismos hábitos de enseñanza, la misma rutina en comentarios y glosas de las obras antiguas en todos los géneros literarios.

Lo único que podría ser nuevo por la materia, es la historia, porque los hechos nuevos, políticos y religiosos, habían de obligar a escribir nuevamente lo que iba sucediendo. Pero ni aun

eso: era generalísima la ignorancia de la antigua historia del país; no se estudiaba la historia en establecimientos oficiales. El dedicarse a tales estudios significaba, a consideración de los más, como olvido, o desdén de las ciencias religiosas islámicas y, por tanto, los aficionados se exponían a pasar como sospechosos. Estos, para librarse de tal reproche, trataban de justificar con versículos alcoránicos la licitud y aun la utilidad y nobleza de la historia, diciendo que era disciplina que eleva el espíritu y que sirve para recordar las genealogías familiares, la vida de santos, sabios, príncipes, etc.; en suma, reduciendo su importancia a lo biográfico de los personajes más conspicuos.

Ese limitado y estrecho horizonte histórico explica los géneros que más han cultivado los marroquíes: la historia dinástica, fomentada por interés político, o religioso, o familiar, la cual se ha escrito en prosa por cronistas cortesanos, o en verso por pseudopoetas paupérrimos en la forma y en el fondo. Su materia casi se reducía a narrar los hechos de los reyes, sin conciencia siquiera del poder espiritual o influencia de los morabitos, que realmente constituyen la fuerza vital de su historia.

En resumen: el carácter general de la historiografía marroquí en ese período es el del estanco intelectual que en toda su cultura muestra: falta de sentido crítico, tendencia a la copia textual y mecánica de lo que otros han dicho, o el plagio descarado, sin preocuparse más que del soberano y de los que le rodean, de los hombres que han sobresalido por su piedad o doctrina, de los maestros de que se ha aprendido, etc., y ello aunque el objeto de la obra sea la historia de una ciudad, o la narración de un viaje.

Pero esta riqueza relativa de crónicas biográficas permitirá al historiador europeo estudiar otras fuerzas latentes que explicarán los cambios de dinastías y tiempos; porque tales obras, aunque veladamente, dejan traslucir la vida de sus cofradías religiosas, etc., etc., pudiéndose aprovechar de noticias diseminadas que en ellas ocasionalmente se encuentran.

La segunda parte está constituida por el estudio minucioso y bien documentado de las personas y obras de cada historiador, siguiendo el orden de las dinastías que sucesivamente han re-

gido a ese país durante esos cuatro siglos y de los biógrafos que han florecido hasta en la edad contemporánea.

Un apéndice, en que se enumeran las fuentes de las obras principales de ese período; otro, en que consta la lista de los funcionarios imperiales, cadíes, etc.; un capítulo bibliográfico de las obras europeas y orientales consultadas, y copiosos índices, completan la obra, que por sí sola bastaría para acreditar a un autor, y en este caso afianza el prestigio justamente adquirido por los notables estudios del señor Lévi-Provençal.

JULIÁN RIBERA.

II

LA EMBAJADA DEL MARQUÉS DE LA MINA (1736-1740)

I

En la biografía que sigue a la magistral *Introducción* que puso el señor Cánovas del Castillo a la cabeza de las *Memorias militares* del segundo Marqués de la Mina (1), prometió el insigne historiador dedicar un capítulo especial a consignar las considerables adiciones que estimaba indispensable añadir a las noticias contenidas en las *Memorias* acerca de la vida militar del ilustre caudillo y a las que exigía la vida diplomática de éste, ni de cerca ni de lejos descrita en aquel monumental trabajo.

Desgraciadamente para la Historia patria, tal propósito no pudo tener cumplimiento. La horrible catástrofe de Santa Agueda (2), que privó a España de un expertísimo piloto en los mo-

(1) *Memorias militares*, de don Jaime Miguel de Guzmán Dávalos Spínola, marqués de la Mina, duque de Palata, conde de Pezuela de las Torres, Grande de España de primera clase, caballero del Toisón y de *Sancti Spiritus*, San Jenaro y Calatrava; capitán general de los Ejércitos de Su Majestad, director general del Cuerpo de Dragones, etc. etc., sobre la guerra de Cerdeña y Sicilia, en los años de 1717 a 1720, y guerra de Lombardía, en los de 1734 a 1736; precedidas de una *Introducción*, y de la biografía del autor, por el excelentísimo señor don Antonio Cánovas del Castillo, etc.—Madrid, 1898. Dos tomos en 4.º

(2) Como es sabido, el señor Cánovas fué asesinado en el balneario de Santa Agueda, el 8 de agosto de 1897, por el anarquista Angiolillo.